

# El Polo Sur en escena: el cine y las primeras expediciones argentinas al Polo Sur

PABLO FONTANA

## La Argentina antártica y el cine nacional

De los más de doscientos años de historia antártica argentina, algunas de las acciones más destacadas son las primeras tres expediciones al Polo Sur Geográfico que realizaron las tres Fuerzas Armadas entre 1961 y 1965. Los relatos de esas aventuras polares son generalmente conocidos a través de las publicaciones que las describieron, los cuales fueron escritos por sus protagonistas. Sin embargo, también fueron retratados en el cine nacional de no ficción. Esos documentos cinematográficos, o más específicamente las representaciones que ellos contienen, son el objeto de este trabajo. Pero tales representaciones no son obras aisladas en el cine nacional, sino que forman parte de la relativamente desconocida producción cinematográfica argentina sobre la Antártida.

El cine argentino, en especial los documentales y el cine de actualidad, ya había volcado su mirada en numerosas ocasiones hacia la Antártida. Esto no es de extrañar, debido a una diversidad de aspectos que hace de este país uno de los actores principales del sexto continente y que determinan una presencia considerable en la Antártida entendida como parte del territorio nacional por la sociedad argentina. Cabe recordar que la Argentina fue el primer Estado en tener una presencia permanente en la Antártida. Esto tuvo lugar a partir del 22 de febrero de 1904 con el observatorio de la isla Laurie en las Orcadas del Sur, cuatro décadas antes que otras naciones, y además ha mantenido esa presencia de forma continua e ininterrumpida hasta nuestros días, por más de un siglo. También es el país con más bases en la Antártida: detenta en la actualidad siete bases permanentes (Orcadas, San Martín, Esperanza, Belgrano II, Marambio, Carlini y Petrel) y seis de verano (Melchior, Decepción, Brown, Cámara, Matienzo y Prima-

vera), además de cuatro bases perdidas o desactivadas (Belgrado I, Belgrano III, Ellsworth y Sobral). Es uno de los doce signatarios originales del Tratado Antártico y uno de los siete países reclamantes de territorio reconocidos por ese Tratado, siendo la Antártida Argentina el nombre que el Estado le da a ese sector comprendido entre los meridianos 25° y 74° Oeste, al sur el paralelo 60° austral hasta el Polo Sur Geográfico. La República Argentina lo comprende administrativamente en la Provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur. Entre él mismo, y el territorio americano argentino existe sólo una separación marítima de mil kilómetros, mientras que, salvo en el caso de Chile, en el resto de los países reclamantes nos encontramos con distancias mucho mayores de separación entre su metrópoli y su reclamo antártico, por no mencionar los signatarios originales reclamantes del hemisferio norte. Argentina fue el primer país en designar autoridades antárticas en 1906, y en instalar familias en territorio continental antártico. Las primeras ocho personas que nacieron en allí fueron argentinas, sólo seguidas por cuatro de nacionalidad chilena. Fogueros argentinos visitaban la Antártida incluso antes de su descubrimiento oficial entre 1819 y 1820 (Capdevilla y Comerci, 1988). A estos elementos se suman cuestiones como la continuidad geográfica y geológica y derechos de herencia del Imperio Español, entre otras cuestiones. Argentina posee un sentimiento antártico que en gran parte surge de su historia, con hechos épicos como el rescate de la Expedición Antártica Sueca en 1903 por la corbeta ARA *Uruguay*, bajo el mando del Teniente de Navío Julián Irizar, las gestas antárticas de renombradas figuras como José María Sobral y Hernán Pujato, entre muchos más, y, de forma continua, la ciencia. Desde fines de la década de 1940, luego de formalizarse el reclamo antártico, la Antártida Argentina fue incluida en los manuales escolares y en la cartografía oficial argentina, con lo que se incorporó en la representación social del territorio nacional. El cine antártico argentino es, de alguna forma, un producto de estas cuestiones, pero a su vez contribuyó a reforzar ese lazo emocional de la sociedad argentina con la Antártida; es resultado y agente de la historia antártica nacional.

Hasta hace una década, gran parte del cine antártico argentino del siglo XX se encontraba relegado a archivos institucionales o privados, lejos del acceso del público y con sus copias en fílmico en diverso estado de degradación, por lo cual llevamos adelante el proyecto “Rescate integral del cine antártico argentino”, un esfuerzo conjunto del Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken y el Instituto Antártico Argentino (IAA), que incluye también tareas de investigación rastreando datos e información que ayuda a entender el contexto de realización y circulación de las películas. Cada film tiene

un valor incalculable, porque las imágenes encapsuladas en cada fotograma conforman una parte fundamental de la memoria antártica.

Al momento de las primeras expediciones argentinas al Polo Sur, el cine antártico ya contaba con una rica trayectoria. La primera película argentina rodada en la Antártida fue realizada en 1921 por Alberto Sorianello, *Hacia el fin del mundo*, un diario de viaje de diez minutos de duración que mostraba el viaje de la ARA *Uruguay* a las islas Orcadas del Sur para relevar la dotación del observatorio argentino (Levinson, 2011). El más antiguo de los filmes antárticos argentinos que se encuentra hoy recuperado es el documental *Entre los hielos de las islas Orcadas*, rodado en 1927 por José Manuel Moneta, técnico de la Oficina Meteorológica Argentina, que invernó cuatro años no consecutivos en las Orcadas del Sur (Monetta, 1939). Este podría considerarse como el primer documento cinematográfico que muestra la práctica científica de la invernada antártica en una estación científica permanente. De hecho, el documental mismo es rodado por los propios invernantes antárticos, lo que constituye una valiosa fuente para acceder a una representación de la vida en la Antártida. Se puede rastrear de hecho una concepción particular del tiempo, con ciertas características circulares en lugar de lineales (Fontana, 2019). El observatorio meteorológico y geomagnético argentino de la isla Laurie, en las Orcadas del Sur, continuó siendo protagonista del cine antártico argentino de los años treinta, como puede observarse en el documental *Cuatro hombres en las Orcadas* (1939), dado que fue la única estación argentina en este continente, pero también la única permanente de cualquier país al menos en sus primeros cuarenta años. En 1942 y 1943, con las expediciones del buque ARA *I de Mayo* de la Armada Argentina, también se incluyeron la Península Antártica y las islas Shetland del Sur.

Al tener lugar el gran despliegue antártico de la Argentina a fines de la década de 1940 y la primera mitad de la siguiente, cuando se instalan la mayor parte de las bases, la Antártida se convirtió en protagonista de innumerables producciones cinematográficas argentinas, en mayor parte noticiarios y documentales. Durante aquellos años, que coinciden con la primera y segunda presidencias de Juan Domingo Perón, se instalaron ocho bases permanentes (dos de ellas, en ese momento, las más australes del mundo) y 23 refugios, se creó el Instituto Antártico Argentino y se adquirió un rompehielos. Perón también se promovería la difusión mediática de las actividades antárticas argentinas: la Antártida aparecería en los noticieros semanales en blanco y negro *Sucesos argentinos* y *Noticiero Panamericano*, pero también en especiales o documentales unitarios. Entre estos últimos se destacan: *Soberanía argentina en la Antártida* (1947), *Argentina Austral*

(1947), *Alas navales* (1947), *La Flota en la Antártida Argentina* (1948), *Viaje del ARA Chaco a Orcadas y Decepción* (1949), *Soberanía austral* (1952), *Vuelo austral* (1953), *Pampa Blanca* (1954), y *Cinco meses en los mares antárticos* (1954), primer documental antártico a color. Ya con Perón destituido nos encontramos con *Antesala al Polo* (1956), donde se observa claramente cómo la Armada recupera el control de la difusión de la actividad antártica, silenciando la presencia antártica del Ejército, así como al General Hernán Pujato, uno de los mayores actores de la presencia antártica de la Argentina en la época, impulsor y primer Director del IAA, cercano a Perón. Durante el Año Geofísico Internacional 1957/1958 también se filmaron en color actividades polares nacionales, como el documental *Tareas antárticas* (1957) de la Armada Argentina sobre el IGY, y el excelente documental sobre el primer viaje estatal argentino de turismo antártico en 1958 *Turismo en la Antártida*. En 1958 llegaría incluso el primer largometraje argentino de ficción rodado en la Antártida, la película *Continente blanco*, dirigida por Bernard Roland con música de Astor Piazzolla. Unos pocos años después, le seguiría en 1960 la dramática *Silencio blanco*, coproducción argentino-brasileña, dirigida por el director brasileño Geraldo Junqueira de Oliveira.

El Tratado Antártico, firmado en diciembre de 1959 y ratificado en junio de 1961, no afectó en forma negativa la producción cinematográfica, que continuó con cierta intensidad en la década de 1960, si bien sumó referencias más frecuentes a los pilares de dicho tratado, tales como el mantenimiento de la paz y la cooperación internacional de un continente dedicado a la ciencia, pero con la cuestión de la soberanía siempre presente.

## El Polo entra en escena

Poco después de la ratificación del Tratado Antártico, comenzarían a tener lugar las expediciones argentinas al Polo Sur, así como sus primeras representaciones cinematográficas. A pesar del nuevo contexto internacional, la épica de la era heroica no faltaría en los documentales sobre estas expediciones argentinas. La primera en alcanzar su objetivo fue la expedición aérea de la Aviación Naval Argentina al Polo Sur Geográfico en enero de 1962. A fines de ese año tuvo lugar una fallida expedición de la Fuerza Aérea Argentina al Polo Sur, que tendría éxito en noviembre de 1965, pero ya como Primer Vuelo Transpolar. Este primer periodo de marchas al vértice austral del planeta se cerraría en diciembre de 1965 con la expedición

terrestre del Ejército Argentino al Polo Sur. En los documentales que abordamos, como en los relatos típicos de la Era Heroica, la expedición al Polo Sur estructura el tiempo del relato de forma lineal con el momento culminante al alcanzar el Polo Sur, lo que difiere en gran medida de los documentales de invernantes como el de Moneta.

Estas expediciones argentinas no fueron un trueno en un cielo despejado. Ampliamente conocidas son las primeras expediciones que alcanzaron el Polo Sur Geográfico: la primera de ellas en llegar fue la del noruego Roald Amundsen el 14 de diciembre de 1911, seguido un mes después por el británico Robert Falcon Scott, que no sobrevivió para contarlo. La expedición de Amundsen había contado con ayuda argentina a través del diplomático argentino-noruego Pedro Christophersen. Una vez finalizada esta frenética carrera para alcanzar el punto más austral del planeta, pasarían varias décadas hasta que alguien volviera a poner un pie en ese inhóspito lugar. Si bien las primeras expediciones de las Fuerzas Armadas Argentinas y las primeras oficiales de esa nacionalidad que alcanzaron el Polo Sur Geográfico tuvieron lugar entre 1961 y 1965, lejos de ser un hecho aislado, se trataba de la culminación de un objetivo y una planificación que ya llevaba desarrollándose por varios años. El primer registro de un proyecto por parte del Estado argentino para llegar al Polo Sur Geográfico data de 1926 y surge de la propuesta de un ingeniero chileno radicado en Buenos Aires, Antonio Pauly, que en mayo de ese año elevó un pedido de colaboración al Poder Ejecutivo Nacional para un proyecto consistente en una expedición aérea al Polo Sur. El presidente del Instituto Geográfico Argentino, el ingeniero Francisco Seguí, se reunió con el Presidente de la Argentina, Dr. Marcelo Torcuato de Alvear, con el fin de conseguir apoyo para el proyecto. Alvear se comprometió a brindar su apoyo y el Ministerio de Guerra y Marina analizó los detalles de la expedición. Pauly proponía utilizar un hidroavión Dornier Wall, que sería pilotado por el mayor del Ejército Argentino Pedro Zanni, acompañado de un equipo de científicos y un operador cinematográfico. El plan requería instalar una pequeña estación en la isla Booth, idea que se había intentando materializar en 1906 y 1907, pero que no pudo concretarse por el naufragio del ARA *Austral*. El avión sería transportado hasta ese punto por un buque. Desde allí despegaría, pasando por el Polo Sur, para luego dirigirse a Australia, por lo que en realidad se trataba de un vuelo transpolar. Lamentablemente el hidroavión se accidentó en un vuelo a Río de Janeiro y el proyecto fue cancelado (Capdevila y Comerci, 2013).

El primer argentino en plantear seriamente ese objetivo y en intentar alcanzarlo fue nada menos que el general Hernán Pujato, uno de los más

destacados exploradores polares, además de ser el impulsor y primer director del el Instituto Antártico Argentino (IAA), primer instituto científico del mundo dedicado exclusivamente a la investigación de la Antártida. Pujato soñaba con ese objetivo desde mediados de la década de 1940. Pero recién en 1955 pudo comenzar lo que parecía ser la fase final para alcanzarlo, cuando logró instalar la Base Belgrano, una base bajo hielo, en ese momento la base más austral del mundo. Desde allí, realizó una serie de vuelos escalonados hacia el Polo Sur pilotando un Cessna 180, acompañado de un DHC-2 Beaver matrícula IAA-101, por el Instituto Antártico Argentino. Se trataba de dos pequeños aviones monomotores que implicaban riesgos y desafíos en ese terreno. En uno de esos vuelos, las extremas condiciones climáticas de la Antártida le provocaron un accidente con su pequeño avión. Sus compañeros lo rescataron en el avión Beaver, pero al no disponer de un segundo avión de resguardo, tuvo que postergar su objetivo de llegar al Polo. De haberlo logrado, se habría transformado en la tercera expedición en dejar su huella en aquel punto austral donde convergen todos los meridianos.

Ese mérito terminó siendo para los estadounidenses, que en noviembre de 1956 llegaron por vía aérea al Polo Sur Geográfico para construir allí la estación permanente Amundsen-Scott que, con nuevas instalaciones, continúa funcionando hasta la actualidad. La base fue construida con motivo del Año Geofísico Internacional 1957/8, y sería precisamente en 1958 que llegaría allí el primer argentino en pisar el Polo Sur, Mario Giovinetto, glaciólogo argentino nacido en la ciudad de La Plata, que había sido también el primer ser humano en poner un pie sobre las islas Aurora, mientras trabajaba para el Instituto Antártico Argentino en el verano 1955/6.

## **El triunfo naval del despliegue técnico y material polar**

La primera expedición argentina en alcanzar el Polo Sur Geográfico fue la de la Aviación Naval el 6 de enero de 1962, durante la presidencia del Dr. Arturo Frondizi. En la primavera de 1961 habían comenzado los vuelos de exploración, se instaló mediante el Rompehielos ARA *Gral. San Martín* la Estación Aeronaval Capitán Campbell sobre la barrera de hielo Larsen, como punto de apoyo cerca de la Base Matienzo, y se prepararon con los equipos polares necesarios dos aviones Douglas C-47 matriculados CTA-12 y CTA-15, pertenecientes a la Unidad de Tareas 8. La expedición, compuesta por estos dos aviones de transporte y por doce personas, fue co-

mandada por el entonces Capitán de Fragata Hermes Quijada, que pilotaba una de las aeronaves, mientras que el Teniente de Navío Jorge Pittaluga comandaba la otra. Entre el resto de los tripulantes se destacó la figura del Capitán de Fragata Pedro Margalot, jefe de operaciones de la misión.

El 5 de diciembre, ambas naves despegaron de Ezeiza con rumbo a Río Gallegos, dando comienzo oficialmente a la expedición. El 18 de diciembre, las aeronaves despegaron de la Estación Naval Río Gallegos y, luego de cruzar el pasaje Drake, anevizaron en la Estación Campbell, donde le quitaron las ruedas a los aviones y los dejaron sólo con los patines. El 26 de diciembre, despegaron para continuar el trayecto hacia el Sur, siguiendo la costa Este de la Península Antártica hasta arribar a la barrera de hielo Ronne, donde tomaron rumbo Este siguiendo la costa de hielo, hasta que en la barrera de hielo Filchner lograron divisar la Estación Científica Ellsworth, en donde anevizaron. Esta había sido instalada por los EE.UU. en 1957 para el año Geofísico Internacional 1957/58 y en 1959 fue cedida a la Argentina, por lo que pasó a ser administrada por el Instituto Antártico Argentino. En este punto, la expedición quedó sin apoyo logístico, debido a que el Rompehielos ARA *Gral. San Martín* había quedado inmovilizado por el grueso *pack* de hielo marino. Sin combustible nuevo para la última etapa, debieron utilizar combustible de la campaña anterior, que había quedado almacenado en Ellsworth. Allí sumaron cuatro pasajeros, científicos estadounidenses que debían ser replegados por el rompehielos, pero que ahora los acompañarían hasta la Base Amundsen-Scott, desde donde serían relevados.

El 6 de enero, a las 13 hs, despegaron nuevamente, ahora con rumbo a la Base Amundsen-Scott, que les había informado de la excelente meteorología para alcanzar su objetivo, en donde anevizaron ocho horas después. Finalmente una expedición argentina alcanzaba el Polo Sur. Allí, los expedicionarios entregaron una placa sobre la expedición a la dotación estadounidense de la base, izaron la bandera argentina y dieron las vueltas simbólicas al Polo Sur. Su regreso a Buenos Aires se dio sin grandes incidentes y lograron un reconocimiento acorde a su hazaña.

El documental de la expedición, titulado *Operación Polo Sur*, fue producido en 1962 por la Secretaría de Marina. Se trata de un mediometraje de 42 minutos a color, de formato clásico, con una voz *over* impersonal, del cual se distribuyó también una versión acortada de 12 minutos. En la versión más larga, el prólogo de la expedición, con todos los preparativos, es más extenso, con algunas escenas que le otorgan hasta ciertos toques de humor, como la secuencia en la que prueban los trajes antiexposición en una piscina con personas en traje de baño a su alrededor. A diferencia de

los documentales mencionados más adelante, *Operación Polo Sur* hace un hincapié mayor en las tecnologías específicas utilizadas para la Antártida y el excelente manejo que los protagonistas hacen de esta: “En ella hombre y máquinas se fogearon sobre una de nuestras áreas estratégicas más importantes.” En comparación con el documental de la Fuerza Aérea abordado más adelante, aquí se menciona explícitamente que la expedición es un requerimiento de la superioridad y se exponen los amplios medios utilizados para ella, así como la minuciosa preparación: “La Operación Polo Sur fue una difícil y arriesgada tarea cumplida al detalle para reiterar la calidad operativa de la Armada Nacional”.

Este documento sobre la expedición aérea no deja de ser, por momentos, una oda a la propia Fuerza, comenzando por citar los antecedentes antárticos de la Armada como el rescate realizado por la corbeta *ARA Uruguay*. En más de una ocasión, el relator se ocupa de recordar que se trata de personal de la Armada, como cuando menciona se refiere a los aviadores como “nuestros hombres de mar”, “dotaciones de argentinos que unidos por la férrea disciplina y la amable camaradería de la Armada Nacional, intentarán llegar al extremo sur de nuestro territorio”, o utilizando terminología náutica en el momento que se divisa la Base Amundsen-Scott: “la estación Polo Sur aparece por la proa”, al igual que la utilización de “amura” con anterioridad. Por otro lado, se tiende a evitar la presencia de otras Fuerzas y podría decirse que la totalidad de la expedición se realiza sin ayuda de las otras Fuerzas, ya que incluso la Base Ellsworth estaba bajo la órbita de la Armada, ya que el IAA dependía de ella.

Al mencionar la expedición del Ejército comandada por Pujato en la Base Belgrano I y sus vuelos exploratorios, se menciona solamente “Expedición Polar Argentina de 1955”. Se trataba de una tendencia que precisamente se había iniciado ese año, en donde la difusión de las tareas antárticas tendió a ser en gran parte hegemonizada por la Armada hasta mediados de la década de 1970, eclipsando a las otras Fuerzas. Para entender este fenómeno, debe tenerse en cuenta que durante la primera mitad del siglo XX (entre 1901 y 1951) la Armada Argentina fue la única de las Fuerzas Armadas argentinas que estuvo presente en la Antártida, al menos con sus buques, con excepción del periodo en que el Observatorio de Orcadas del Sur pasó a manos de la Fuerza Aérea Argentina (en 1945), que hasta ese momento había sido administrado por la Oficina Meteorológica, dependiente del Ministerio de Agricultura. Pero la llegada del Ejército a la Antártida, con la instalación de sus tres primeras bases entre 1951 y 1955, así como la creación del IAA, dirigido por el General Pujato, como algunas acciones antárticas tomadas durante los dos primeros gobiernos de Perón

(entre las que se puede incluir el bautismo del primer rompehielos con el nombre de el nombre del principal prócer del Ejército), muy posiblemente habían sido vividos por la Armada como un desplazamiento injusto de su preponderante papel antártico, situación que se revirtió luego de la destitución de Perón. En el documental, sólo se habla de la cordialidad de las otras Fuerzas al mencionar la cercana Base Matienzo. La referencia al IAA ya no implicaba una referencia a otra Fuerza, ya que había sido bajo la órbita de la Marina en 1955 y durante la expedición estaba dirigido por el Contraalmirante Rodolfo Panzarini.

Con respecto al Polo mismo, es denominado por el relator como “el más extremo confín de la Patria”, objetivo final de la expedición y, al cierre del documental, cuando los dos aviones argentinos parten desde allí. Es de destacar que la base estadounidense no es invisibilizada. Todo lo contrario, su imagen es la que indica que se ha llegado al Polo Sur, de hecho se la denomina principalmente de esa forma, y cuando se la nombra como Amundsen-Scott, parecería que el locutor desconociera que se trata de dos personas distintas: “en recuerdo a Amundsen-Scott se instala una placa conmemorativa”. Al denominar a los Estados Unidos como “el gran país del norte” se le otorga un carácter superior que justifica que su despliegue en el Polo sea mayor al argentino. Entonces, cabe aquí preguntarse cuál es el logro de la expedición que el documental busca mostrar, más allá de la llegada al Polo Sur de una expedición argentina por primera vez. En el final, la voz *over* se ocupa de aclararnos este punto: la ampliación operativa de la Armada en la Antártida, la exploración de tierras desconocidas y, finalmente, una nueva ruta aérea: “Tras ella quedó convertida en realidad la ruta transpolar a Nueva Zelanda y a Australia”. Es interesante destacar que tanto mientras que esta consecuencia positiva de la expedición se resaltó en las dos expediciones aéreas, en la expedición terrestre no fue necesaria, como si ella hubiera sido un fin en sí mismo.

Uno de los aspectos más interesantes del documental es su carácter de documento histórico, en cuanto a la importancia que tenía Hermes Quijada en el imaginario sobre la expedición en aquel momento, y que luego quedaría parcialmente silenciado. A diferencia de los comandantes de las otras dos expediciones que aquí abordamos, Quijada no gozaría del mismo reconocimiento en el último medio siglo, ya que pasaría a ser una figura “controvertida” por ser el vocero oficial de la conocida como “Masacre de Trelew”. Esta fue cometida el 22 de agosto de 1972, cuando un grupo de presos políticos pertenecientes a las agrupaciones al PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo), las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros, fueron ejecutados

en el penal de Trelew simulando un falso escape. Su participación en el hecho es motivo de disputa: si bien se encontraba en la cadena de mando, se ha alegado también que su papel se limitó a comunicar la fachada que se utilizó para justificar la masacre. De todas formas, las agrupaciones mencionadas lo consideraron uno de los principales responsables y el 30 de abril de 1973 fue ejecutado por una facción del ERP llamada ERP-22. Este vacío en la memoria sobre la expedición fue ocupado posteriormente por la figura de Margalot, que además de haber sido el jefe de operaciones, fue su principal difusor al escribir y publicar su relato sobre ella (Margalot, 2008).

## Voluntad y decisión hasta el Polo y más allá

La segunda de las expediciones oficiales argentinas en alcanzar el Polo Sur fue realizada por la Fuerza Aérea Argentina, de la mano del entonces capitán Mario Luis Olezza, durante la Presidencia del Dr. Arturo Illia. En realidad se trataba del segundo intento de Olezza. El primero había tenido lugar a fines de 1962. Una vez alcanzado el Polo por la Aviación Naval, la Fuerza Aérea no podía ser menos, y Olezza encaró el desafío. Escaso de medios, pero pleno de entusiasmo y voluntad, al punto de que lo llamaban “el loco Olezza”, era un apasionado por la Antártida, que tenía su despacho un mapa bicontinental de la Argentina con el sur mirando hacia arriba, ya que era allí a donde, según él, debían apuntar. Los preparativos de esa expedición fueron un verdadero hito patagónico de la Fuerza Aérea, ya que como parte del entrenamiento realizaron un anevizaje en el sector superior del Glaciar Upsala en 1962 (Cano, 2010). De esta proeza sobrevive una rica toponimia en el lugar, y consecuencia de ella fue la utilización de la zona para prácticas preantárticas durante algunos años en las décadas de 1960 y 1970 (Fontana, 2020). Finalizados estos exitosos preparativos, se dio comienzo a la aventura polar en noviembre de 1962, con un DC-3. Luego de estar un mes atrapados en la Base Matienzo por serias dificultades para despegar debido a falta de potencia, el peso de la carga y la nieve acumulada, partieron hacia el sur y alcanzaron la Estación Científica Ellsworth. Allí, para poder continuar viaje, rescataron unos JATO (cohetes auxiliares de despegue) que habían quedado abandonados bajo hielo por los estadounidenses. A estos les fabricaron los iniciadores y los fijaron en el avión, pero el 10 de diciembre de 1962, mientras despegaban, uno de los JATO se soltó y provocó un incendio en el avión. Afortunadamente no se lamentaron víctimas fatales. Olezza salió último del avión, luego de haber

ayudado a sus compañeros, lo que le valió algunas quemaduras. Destruído totalmente el avión por el fuego, debieron dar por terminada la expedición. A pesar de sus temores de recibir la baja por estos hechos, Olezza continuó con los vuelos antárticos y estableció el STAM 500 (Servicio Aéreo de Transporte Militar) en la Antártida.

Lejos de rendirse, en 1965 Olezza se lanzó nuevamente a la aventura polar, esta vez bajo el nombre de “Operación Sur”, con un C-47 matrícula T-05, llamado El Montañés, y al que le habían otorgado toda la potencia posible, ya que además de los JATO que llevaban le instalaron una turbina en la base del timón de dirección, por lo que volaron con los tres sistemas de propulsión. Sin embargo, el “loco” ya no se contentaba con alcanzar el Polo Sur, sino que se proponía llegar más allá, realizando un vuelo transpolar hasta la Base McMurdo de los EE.UU, situada en la costa antártica del Océano Pacífico. La expedición comenzó oficialmente con la partida de Buenos Aires el 20 de septiembre de 1965 y llevaba a bordo al entonces coronel Jorge Edgard Leal, para que comandara la expedición terrestre del Ejército Argentino al Polo Sur desde la Base Belgrano I. Al llegar a dicha base el 2 de octubre, el Montañés debió afrontar una difícil misión: localizar a la tripulación de un Cessna 180 de la dotación, que se había accidentado y del que no se lograba tener la ubicación precisa a pesar de las descripciones del terreno que los tripulantes daban por radio. Finalmente, luego de varios vuelos y con los amortiguadores de uno de los trenes de aterrizaje al borde del colapso, Olezza logró encontrarlos, pero para seguir camino al Polo era necesario reparar al avión. Para esto, la Fuerza Aérea utilizó el Avro Lincoln matrícula B-025, que lanzó el repuesto sobre la Base Belgrano, luego de un vuelo de 20 horas y media. Dos pequeños DHC-2 Beaver monomotores de la Fuerza Aérea, matrícula P-05 y P-06, que habían partido de la Base Matienzo, se unieron al Montañés en la Base Belgrano. Para lograr esta hazaña, habían instalado por vía aérea la Estación de Apoyo N° 1 de la FAA en el estrecho de Stefansson, al oeste de la isla Hearst, una verdadera proeza con esos pequeños aviones.

El 3 de noviembre, el Montañés con los dos Beaver partieron de la Base Belgrano y alcanzaron el Polo Sur nueve horas después, para gran sorpresa en la dotación de la Base Amundsen-Scott, que vio arribar esos pequeños aviones. Estos permanecieron en la base, mientras que el 11 de noviembre el Montañés continuó viaje hacia la Base McMurdo, para retornar al Polo el día 25 (Olezza, 2006). Desde allí, los tres aviones volvieron a la Base Belgrano. El Montañés arribó a Río Gallegos el 18 de noviembre y finalizó con éxito la expedición, pero los dos Beaver protagonizaron otra gran aventura antes de regresar. En enero de 1966, lanzaron perros en paracaídas, así

como un trineo y a dos miembros de la dotación, quienes armarían el trineo de perros y regresarían así a la base, con lo que demostraron la viabilidad de una patrulla aerolanzada de trineo de perros. Uno de ellos, Giró Tapper, conservó la filmación a color de esta arriesgada prueba. Hace años, esta fue digitalizada por el Museo del Cine en el marco del proyecto de rescate del cine antártico argentino, cuyas imágenes son únicas por su contenido y calidad.

Luego de esta gran aventura, Olezza impulsaría la instalación de la Base Marambio en 1969, puerta de entrada aérea argentina a la Antártida. Ya retirado, fue también escritor y director de Radio Nacional. Falleció en un accidente aéreo civil el 3 de junio de 1977.

A pesar de la espectacularidad de la expedición de Olezza y del gran logro que significó, esta no contó con un documental audiovisual que la difundiera, como sí lo tuvieron las expediciones polares de la Aviación Naval y el Ejército. Habría que esperar medio siglo, hasta el año 2015, para que se produjera un documental sobre la expedición. Con el nombre de *Lejos del sol*, tomado del título de un libro de Olezza, este documental de 49 minutos, producido por el Dirección de Asuntos Antárticos de la Fuerza Aérea Argentina, posee todas las características de un documental institucional. No se destaca por su edición ni producción, aunque sí en cuanto a algunas de las personas entrevistadas y al material de archivo, si bien la utilización de estos materiales corresponde al formato clásico de documental, más para ilustrar las palabras de la voz *over* que como documentos en sí mismos. De hecho, algunos de los materiales de archivo no se corresponden directamente con los acontecimientos enunciados. La ausencia de material cinematográfico de archivo es suplido de alguna forma con fotografías, lo que lleva a un exceso de *zoom in* y *travellings* sobre ellas, ante la ausencia de otros recursos artísticos tales como animaciones o recreaciones, debido al bajo presupuesto del proyecto. De todas formas, es una carencia de la expedición, que al tratarse más de una expedición autoorganizada dentro de la Fuerza, si bien contaba con apoyo oficial, no era una misión ordenada desde la superioridad. Esto posiblemente implicó también su menor difusión y preparación para que sea documentada con fines de difusión. La distancia en el tiempo, así como la humilde producción del documental, puede haber llevado también a la ausencia de algunos materiales cinematográficos de la expedición, que fueron rodados en su momento pero que no se sumaron al documental. Aunque quizás estos mismos factores determinaron también que si esta fue la menos difundida a nivel cinematográfico de las tres expediciones, fue la más difundida a nivel literario ya que dispone, al menos, de tres publicaciones de sus protagonistas.

Llama la atención que el final del documental desvía su eje hacia la cobertura radial del vuelo transpolar de Aerolíneas Argentinas de 1980, hecho relacionado con el vuelo de 1965 ya que fue su antecesor, pero el foco en la cobertura radial, quizás excesivo, posiblemente se deba a que el guionista del documental, Juan Benavente, tiene esa especialidad. De todas formas, podría haberse justificado este epílogo radial y articulado con las funciones que Olezza desempeñó en Radio Nacional luego de su retiro. Es interesante destacar que el vuelo Transpolar Tricontinental en 1973 de la Fuerza Aérea Argentina realizado por un C-130 Hércules desde Río Gallegos a Canberra y Christchurch, con escala en la Base Marambio y pasando sobre el Polo Sur, también es presentado como la acción que abrió el camino a los vuelos transpolares.

La representación de la llegada al Polo en el documental no posee un carácter tan épico como en el caso de las otras dos Fuerzas, posiblemente porque este ya había sido alcanzado vía aérea por la expedición de la Aviación Naval en 1962, pero también el objetivo de la expedición era el vuelo transpolar, que al menos pudo concretarse hasta McMurdo. La repercusión de la expedición de la FAA también se vio opacada por el contexto del accidente del avión TC-48 que, con cadetes a bordo, desapareció en Costa Rica el mismo día que la expedición alcanzó el Polo Sur. Hasta hoy permanecen desaparecidos sus 68 tripulantes. A diferencia de las otras dos expediciones, que fueron llevadas a la pantalla poco después de tener lugar (Olezza, 1974), posee más el carácter de un documental que rememora, que intenta rescatar la memoria de un hecho singular que no recibió la difusión merecida en su momento, y que desde el momento en que intenta abordar el hecho se encuentra con la ausencia de muchos de sus protagonistas, por lo que debe recurrir a sus descendientes, como uno de los hijos de Olezza, o reincidir repetitivamente en los escasos sobrevivientes. La memoria desplaza por momentos a los hechos sobre los que se indaga, impregnando en forma remota aquella época que se recuerda, como un tiempo lejano de valor, ideales y proezas, por lo que el resultado termina siendo muy distinto al de los documentales rodados sobre las otras dos expediciones y que eran relativamente contemporáneos a ellas. En ellos es un presente heroico, el de aquellos años de la década de 1970, lo que se retrata en forma directa, exaltando a la sociedad en un fervor patriótico polar, al fundirla con aquellos connacionales que alcanzan lo que se muestra como el límite austral de la Argentina. A diferencia del documental de la Aviación Naval, la distancia del tiempo y la mayor libertad de los entrevistados, por ser militares retirados y civiles, o bien por su edad, les permite destacar el carácter heroico de la expedición, no tanto como una gran

operación coordinada por la Fuerza, expresión de un despliegue técnico singular, sino a través del esfuerzo y la decisión de los expedicionarios, que a pesar de la escasez de medios y el no tan significativo apoyo institucional, lograron cumplir con el objetivo que se propusieron.

## Resistencia y tradición en el desierto austral

La última de esa serie de expediciones argentinas fue la Primera Expedición Terrestre Argentina al Polo Sur Geográfico, realizada por el Ejército Argentino y conocida como Operación 90, por la latitud del objetivo. Tuvo lugar durante la Presidencia de Illia y fue comandada por el entonces coronel Jorge Edgard Leal. Uno de los grandes artífices y protagonistas de esta expedición fue el capitán Gustavo Adolfo Giró Tapper. En primer lugar, por lograr todos los requerimientos logísticos en el terreno previos para la expedición, algo para lo que se le habían dado dos años, pero que él logró cumplir en dos meses, lo que obligó a adelantar su realización. Este desempeño extraordinario no es de extrañar si tenemos en cuenta los antecedentes de Giró: el 1962 había realizado la que quizás haya sido la expedición más difícil de Argentina en la Antártida, la Expedición Terrestre Invernal entre las Bases Esperanza y San Martín, y previamente en 1956, como jefe de la Base San Martín, había realizado un cruce de la Península Antártica, además de patrullas hacia el sur, que resultaron en la instalación del refugio más austral argentino al oeste de la Península. Pero Giró también sería uno de los grandes realizadores de los documentales de la expedición, ya que él mismo fue el encargado de llevar adelante el rodaje y documentar cinematográficamente la operación.

Los preparativos para esta expedición comenzaron en 1962, bajo el mando de Leal. La Base General Belgrano, que el Ejército ocupaba en la barrera de hielo Filchner, sería el centro de operaciones para esa misión. Esta base permanente se encontraba ya algunos metros bajo hielo y se movía junto con el desplazamiento de la barrera de hielo hacia el norte. A fines de 1963, el personal de Belgrano comenzó a analizar las posibles vías de acceso al interior del continente y planificaron la instalación de una base secundaria de operaciones, con víveres y combustibles, aproximadamente a los 83° de latitud Sur. Para la operación se seleccionaron a algunos de los mejores y más experimentados antárticos, todos veteranos con varias invernales y patrullas en la Antártida. Giró, que arribó a Belgrano como jefe de base en 1965, comenzó las tareas de exploración y junto a los miem-

bros de su dotación logró cumplir la orden de instalar una base intermedia en la ruta al Polo, en el punto de acceso a la alta meseta polar. Esa tarea demandó el transporte de 50 toneladas, a 500 km de distancia, en varios viajes sobre la barrera de hielo. El 2 de abril de 1965, antes de comenzar la noche polar de casi cien días, quedó inaugurada así la Base de Avanzada Científica de Ejército Doctor Sobral.

Este éxito le permitió a Giró proponer que se adelantara la expedición, prevista para el año siguiente. La propuesta fue aceptada y se decidió aprovechar el vuelo de la expedición transpolar de la Fuerza Aérea a la Base Belgrano para trasladar al jefe de la expedición, el coronel Leal. Una vez realizados los últimos ajustes de personal y equipos, el 26 de octubre de 1965 a las 10 horas, partió hacia la aventura la columna de seis vehículos Sno-Cat que componían la expedición. A los dos días de marcha alcanzaron a la Patrulla 82, que había partido con trineos de perros cuatro días antes para demarcar el camino de forma segura ante el peligro de las grietas. Luego de nueve días de marcha, en los que se recorrieron quinientos kilómetros de barrera de hielo, la columna de vehículos pudo alcanzar la Base Sobral. Allí estacionaron para efectuar tareas de mantenimiento mecánico, en particular reparar los trineos que habían sido duramente dañados por el terreno accidentado. El 9 de noviembre, con los vehículos reparados, retomaron la marcha hacia el sur. Pero lo que les esperaba era aún más duro y peligroso, una pampa blanca minada de grietas ocultas y de sastruguis, fuertes irregularidades de hielo, que constantemente forzaban a los vehículos y al personal. Los delgados puentes de nieve sobre las grietas se rompían sin dar descanso, amenazando con hacer desaparecer a los vehículos junto a sus tripulantes. Además de las tareas propias de la travesía, se realizaban constantes mediciones científicas que incluían observaciones de meteorología, glaciología, gravimetría y magnetismo.

El 18 de noviembre, a los 83°2' de latitud Sur, la expedición se separó de la patrulla 82, cuyos trineos se desviaron hacia los nunataks Santa Fe y San Rafael para realizar estudios geológicos y tomar muestras en sitios nunca visitados por el ser humano. Luego de cumplir esta tarea, los hombres y los perros polares argentinos regresaron a la Base Sobral. A medida que avanzaban hacia el sur, más y más trineos se rompían con intervalos de pocas horas, lo que hacía perder un tiempo preciado en reubicar la carga y ponía en riesgo la operación. La rotura de los patines de otro trineo hizo que se considerara la opción de cancelar la expedición, ya que sin trineos era imposible alcanzar el Polo. Los diez expedicionarios armaron el campamento "Desolación" para poder soldar los trineos. Desde los 86° de latitud, sastruguis gigantes hacían lenta y penosa la marcha, con irregularida-

des que llegaban a ser tan grandes como los Sno-Cats, al menos hasta los 88° de latitud.

El 10 de diciembre, la patrulla detuvo los vehículos al arribar al vértice de los 90° de latitud Sur. Cumplido el objetivo, los expedicionarios se dirigieron a la base cercana Amundsen-Scott, cuyo personal, al verlos, pensó que se trataba de una expedición soviética, y cuando supieron que en realidad era una expedición argentina, quedaron sorprendidos por la distancia y los terrenos que habían recorrido. Luego de cinco días de reparar los equipos en el eje sur del planeta, los expedicionarios emprendieron el regreso tras dejar una bandera argentina en el mástil improvisado con una torre de la antena de radio, mástil que hoy constituye el Sitio y Monumento Histórico número uno del Tratado Antártico. Se trata de la instalación más austral de la República Argentina en su territorio. El 31 de diciembre de 1965, la dotación de Base Belgrano recibió a los expedicionarios corriendo a su encuentro.

El comando de la expedición otorgó a Leal un renombre tal que al crearse el primero de enero de 1970 la Dirección Nacional del Antártico (DNA), fue designado como su primer Director, cargo que ocupó hasta 1973 y ejerció nuevamente entre 1989 y 1999. Debemos en gran parte a su apoyo y fuerte latinoamericanismo la creación de la RAPAL (Reunión de Administradores de Programas Antárticos Latinoamericanos) en 1990. Ya retirado, falleció en 2017. Sus cenizas descansan en la Base Esperanza. El camino de Giró Tapper luego de la expedición fue por sendas privadas, pero no por eso menos interesantes: retirado en 1971, encaró en Ushuaia un emprendimiento turístico antártico y fueguino con el nombre de Antartur, con el cual llevó a miles de turistas a conocer la Antártida, en especial las bases argentinas y generalmente de forma integrada con medios navales oficiales de la Argentina. Lamentablemente, el naufragio del ARA *Bahía Paraíso* en 1989 significó un duro golpe para la empresa, que tuvo que detener sus actividades en el sexto continente. En 2004 Giró falleció y su familia continuó con su emprendimiento turístico.

La expedición del Ejército al Polo Sur fue la más representada en el cine en los años siguientes a su realización, con el estreno en 1966 de *Operación 90* y en 1970 de *Marcha al límite austral de la Patria*, producida por Luis Vesco. En los dos es posible encontrar algunas similitudes, pero también grandes diferencias en relación a los documentales de las expediciones antes mencionadas. El punto cumbre de ambos documentales, momento en el que se alcanza el Polo Sur Geográfico, presenta una gran diferencia respecto a los otros documentales de las dos expediciones aéreas: la Base Amundsen-Scott brilla por su ausencia. No sólo porque no se muestran

planos de ella, sino también porque nunca es mencionada. En la representación nada diferencia a ese Polo Sur del que había sido alcanzado por Amundsen en 1911, en cuanto a su carácter virgen por ausencia de rastros humanos. Pero, a diferencia de Scott, que en 1912 se encontró con la carpa dejada por el primero, Leal se había encontrado con una base de considerable dimensiones y en plena actividad, que utilizó por unos días. Es interesante imaginar el fuera de cámara de esos planos que muestran a los expedicionarios llegando al Polo, clavando la bandera, armando el mástil o partiendo de regreso, en un terreno blanco sin marcas, mientras que detrás del camarógrafo quizás se encontraban los estadounidenses mirando la escena, con su base a pocos metros de ella, todo fuera del plano.

Cabe preguntarse el motivo de esta ausencia en la imagen y en la voz *over*, a diferencia de los otros documentales mencionados. El hecho de que se tratara de una expedición terrestre puede ser quizás el más determinante, ya que posiblemente el sacrificio y esfuerzo que significó la expedición, que destruyó trineos y obligó a dejar vehículos en el camino, llegando casi al punto de desistir, podía perder sentido, o al menos ser empujado al mostrar el enorme despliegue que otro país disponía en el mismo lugar de forma aérea. De todas formas, podemos considerar que la proeza de la expedición radicaba en el camino mismo recorrido o, más precisamente, en la forma en que se lo había hecho. El título del segundo documental, *Marcha al límite austral de la Patria*, o en realidad lo que este expresa que se quería mostrar, era un motivo más para evitar la inclusión de la Base Amundsen-Scott, ya que su imagen o mención no era muy acorde al mensaje de soberanía territorial que se quería transmitir. Fotografías recuperadas en el Archivo Histórico de Fotografía del IAA muestran a algunos de los expedicionarios junto a un avión C-130 Hércules de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos de América aterrizado en la Base Amundsen-Scott. El hecho de que estas imágenes no hayan sido difundidas no deja de ser sintomático sobre la representación del Polo Sur que se quería transmitir.

Otra diferencia con los documentales de las otras dos expediciones es que, en aquellas obras, uno de los valores más destacados de los protagonistas y de los que parece depender el éxito final de la operación es, además de su valentía, su destreza técnica, su precisión en cuanto a uso del instrumental, la fusión mecánica de humano-máquina, siendo de alguna forma un triunfo del valor argentino pero también de su desarrollo moderno, materializado en los aviones que vuelan, las modificaciones y preparativos que les realizan y el medio hostil en donde los utilizan. En cambio, en los dos documentales sobre la Operación 90, si bien no se encuentra ausente el dominio técnico, los Sno-Cats vienen a desempeñarse más

como actores secundarios, que podrían ser incluso reemplazados por animales de tiro. Lo central no es tanto esa dimensión tecnológica, sino la resistencia física y psicológica de los expedicionarios para sobrevivir a las duras condiciones meteorológicas y geográficas por un tiempo prolongado. Sin duda la gran diferencia aquí está marcada por los medios utilizados —en los primeros dos casos aéreos y en esta ocasión terrestres—, pero también es una característica intrínseca a cada fuerza, ya que mientras que el Ejército es una Fuerza que puede ser independiente de cualquier medio en particular, las otras dos nacen concebidas en asociación con un medio de transporte y militar específico como lo son los navales y los aéreos.

Podemos afirmar que si bien los medios técnicos utilizados por cada expedición determinaron en cierta medida la forma en la que se la concibió y, de esta forma, su representación, esto es algo intrínseco a cada fuerza, donde la Fuerza Aérea y la Armada, al ser armas atadas necesariamente a la tecnología, tienden a una autorepresentación que resalte los caracteres de modernización tecnológica, mientras que en el caso del Ejército no es así; pesa más la tradición y la historia, en particular porque, de las tres Fuerzas, es la que posee la historia más vasta en la guerra de independencia y en la organización del Estado nacional. En un óleo tríptico de la DNA pintado en la década de 1970 sobre las tres Fuerzas en la Antártida, se observa a un costado un C-130 Hércules a color aterrizando en la Base Marambio, mientras que en tonos grisáceos, por detrás, en el cielo, se observa el Avro Lincoln piloteado por Gustavo Marambio, al otro costado el rompehielos ARA *Gral. San Martín* con la corbeta ARA *Uruguay* de fondo, pero en el central vemos a la Operación 90 con sus Sno-Cats con Roca y los soldados de la llamada “conquista del Desierto” por detrás, montados a caballo.

Esta asociación y mirada hacia atrás del Ejército en la Antártida puede observarse también en el título de “Expedicionario al Desierto Blanco” que se le otorga a los invernantes y que remite al de “Expedicionario al Desierto” entregado a quienes participaron de la “Conquista del Desierto” antes mencionada. Incluso el nombre de Fortín Sargento Cabral para las casas habitadas por familias en la Base Esperanza, alude también a ese pasado de fortines emplazados en la zona de transición con los territorios controlados por los pueblos originarios. Esta representación orientada hacia el pasado es otro elemento más que fundamenta la ausencia de la base polar. En este punto, la escenificación de la epopeya de la Operación 90 es en cierta forma atemporal, con un Polo vacío, envuelta en una trama en la que parecería estar compitiendo más con las expediciones de Amundsen y de Scott más que siendo una expedición contemporánea a las otras argentinas.

Donde más se evidencia este carácter es en el comienzo de *Marcha al límite austral de la Patria*: el general Leal se encuentra en su oficina al cumplirse cinco años de la expedición y allí recibe una carta de alguien que lo felicita por su hazaña, firmada nada menos que por Martín Fierro. Si bien la figura literaria se desempeña aquí como una corporización del pueblo argentino que agradece al expedicionario, refuerza también el carácter atemporal –hacia el pasado– de la expedición. De hecho, *Operación 90* comienza con música folklórica argentina mientras se muestran los intertítulos iniciales del documental. La figura de Leal en *Marcha al límite austral de la Patria* es central. El relato de la expedición es un *racconto* a partir de su memoria. Se entiende por el lugar destacado que ocupaba en ese momento, como primer Director de la recién creada Dirección Nacional del Antártico, que requería en cierta forma un culto a su persona para reforzar este acto que puede interpretarse como la recuperación por parte del Ejército, de un rol protagónico en la decisión de los asuntos antárticos argentinos frente a la Armada. Sin embargo, este protagonismo eclipsó relativamente al resto de los expedicionarios, que en *Operación 90* recibían una atención más equilibrada. De hecho, al año siguiente la DNA publicó el libro *Operación 90* (Leal, 1973), en el que Leal describe la expedición.

## Conclusiones

El cine antártico argentino es uno de los más prolíficos del mundo, y, en términos relativos, si consideramos el número de producciones nacionales, posiblemente sea el que posee la mayor proporción de films dedicados a la Antártida. Como documento histórico es una fuente de profunda riqueza, dado el acercamiento que nos permite a la forma en que la sociedad argentina y, más precisamente, el Estado argentino, entendió y buscó que sea entendida la Antártida. Estas representaciones encierran aquel imaginario, son su expresión, pero a su vez también parte constitutiva de este, y lo reproducen dinámicamente hasta nuestros días. De esta forma, su rescate a través del proyecto descrito no deja de ser también un acto performativo no libre de implicancias en el imaginario antártico de la sociedad argentina.

Lo que podemos observar en los documentales aquí abordados sobre las primeras expediciones polares argentinas en la década de 1970 es que, si bien hay una serie de elementos comunes a todos y relativos a la forma en que el Estado argentino busca entender y difundir su actividad antártica, hay otros contenidos que los diferencian entre sí y que encuentran su

*Antártida en la década de 1960*  
*Una perspectiva latinoamericana*

origen principalmente en la Fuerza Armada específica que realizó la expedición, pero también, y relacionado con lo anterior, con el medio utilizado para concretarla. La especificidad de cada Fuerza Armada y sus características y tradiciones generales tuvo un rol determinante en diferentes cuestiones de la historia antártica argentina con sus diversos vaivenes, llenos de desencuentros, con caminos paralelos, como se pudo observar claramente en Malvinas en 1982, aunque también con amplias historias de cooperación. De esta forma, no es de extrañar que en tan sólo tres años hayan tenido lugar tres expediciones al Polo Sur, una por cada Fuerza Armada. De alguna forma, estas cuestiones también determinaron estas divergencias en las representaciones de tales expediciones. Incluso las historias antárticas escritas por los historiadores de cada una de las tres Fuerzas se concentraron casi exclusivamente en la historia de su institución.

Afortunadamente, se trata de una tendencia que está siendo revertida en la actualidad, ya que el Comando Conjunto Antártico funciona en una misma instalación de forma permanente. También se transformaron las once bases antárticas dependientes de las Fuerzas Armadas en bases conjuntas, en una búsqueda de un carácter verdaderamente conjunto entre las tres instituciones, y no de acciones paralelas que parecerían nunca converger.

## Bibliografía

- Cano, A. (2010). *Todo comenzó en Upsala*. Buenos Aires: Argentinidad.
- Capdevila, R. y Comerci, S. (2013). *Los tiempos de la Antártida: historia antártica argentina*. Ushuaia: Editora Cultural de Tierra del Fuego.
- Capdevila, R. y Comerci, S. (1988). "El descubrimiento del continente antártico," *Antártida* 17 (diciembre de 1988); 19 (18-19).
- Fontana, P. (2020). "Retorno a Upsala", en *Aeroespacio* n° 628 (septiembre de 2020).
- Fontana, P. (2019). "Between the ice of the Orkney Islands: filming the beginnings of the Antarctic overwintering tradition". *The Polar Journal* 9 (2) (diciembre de 2019).
- Leal, J. E. (1973). *Operación 90*. Buenos Aires: Dirección Nacional del Antártico.
- Levinson, A. (2011). *Cine en el país del viento. Antártida y Patagonia en el cine argentino de los primeros tiempos*. Viedma: Fondo Editorial Rionegrino.
- Margalot, P. (2008). *Primeros argentinos en el Polo Sur*. Buenos Aires: Servicio de Hidrografía Naval.
- Moneta, J. M. (1939). *Cuatro años en las Orcadas del Sur*. Buenos Aires: Peuser.
- Oleza, M. L. (2006). *El valor del miedo*. Buenos Aires: Argentinidad.
- Oleza, M. L. (1974). *Lejos del Sol*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.